

A Manera de
Conclusión...

A lo largo de estos capítulos se ha demostrado la incidencia de los procesos de socialización de la infancia en la forma como se realiza la función socializadora en la vida adulta. Tiende así la socialización a reproducirse, porque en el inconsciente de cada persona quedan refractadas las historias de sus padres y madres y sus vivencias de infancia. Parecería así que en virtud de los procesos de socialización la sociedad no cambiara, porque a través de ella se reproducen en las nuevas generaciones los valores propios de la cultura; pero la socialización es conservadora y cambiante al mismo tiempo: Fluctúa, como consecuencia de esa permanente interacción entre los cambios del medio social y el potencial del pensamiento y la voluntad humanas; entre los sujetos y su entorno.

Durante la adultez, este grupo de mujeres de sectores populares socializa con valores culturales semejantes a los que les impartieron sus antecesores, los cuales en el diario transcurrir se confrontan con la tradición, dando origen a nuevos valores a partir del encuentro entre sus historias vitales y el impacto de los cambios sociales sobre sí mismas. Uno de los ejemplos más ilustrativos de dichos cambios lo constituye la actitud de este grupo de mujeres ante el maltrato físico como forma de castigo: víctimas de una concepción rígida y autoritaria de los padres, recibieron desde muy pequeñas toda clase de vejámenes. Ahora, cuando juegan el papel socializador, oscilan entre el dejar hacer y el ser estrictas, entre propiciar el golpe y sentir la culpa, entre el ejercicio de violencias simbólicas y la agresión física.

En la socialización se reproduce la tradicional división sexual del trabajo: la niña aprende a ser mujer a través de una interacción continua y profunda con su familia y en general con el mundo adulto. Con el trabajo doméstico durante la infancia, desarrolla cualidades y aptitudes que va a reproducir al asumir los roles de madre, esposa, trabajadora, o educadora comunitaria. En el curso de cada capítulo se demuestra cómo la construcción de la identidad de género y el tipo de socialización que recibe la niña, en razón de la cultura y la clase social, va signando su existencia. Por ejemplo: cuando inicia la relación de pareja es temerosa y reprimida en su sexualidad, porque siendo niña la vivió como algo pecaminoso. El maltrato se soporta de los padres, se recibe del esposo y se tiende a reproducir en los hijos e hijas. El oficio doméstico se inició en el hogar desde los cuatro o cinco años, fue la primera actividad laboral por la cual devengaron ingresos; alrededor de las tareas hogareñas legitimaron su condición de esposas y madres, se introdujeron en múltiples tareas laborales y asumieron su función de "madres comunitarias". Estas continuidades se encuentran a la vez acompañadas por intentos de cambio que se expresan a través de diversas formas de resistencias frente al maltrato

del marido, el interés por el estudio y las actividades comunitarias como una forma de participar en actividades diferentes a las domésticas, de trascender del espacio privado en el hogar al espacio público.

En las relaciones maritales de este grupo de mujeres prevalecen intensos conflictos entre las imágenes ideales sobre el papel del hombre y la mujer y las exigencias que la cotidianidad les demanda. Constituyen ejemplos de este fenómeno las dificultades laborales que tienen los hombres para cumplir el rol de providentes que las mismas mujeres y la sociedad les exigen y los temores de los esposos ante la autonomía que trae consigo el trabajo de la mujer fuera del hogar .

El ciclo vital está circunscrito por la función materna: Se asume desde niña cuando debe remplazar a la madre en el cumplimiento de esta tarea en el hogar; se inicia formalmente cuando el primer hijo la convierte en adulta siendo muy joven y comienza la convivencia marital. La maternidad continúa signando sus comportamientos en la relación de pareja, la entrada y la salida del mercado laboral, la consecución y la construcción de la vivienda y su papel en la consecución de servicios públicos y sociales en la comunidad donde habita. La maternidad fue el sueño de su infancia y continúa siendo el sueño del futuro, porque los roles maternos anclan su porvenir.

Al mismo tiempo el ciclo vital está condicionado por la pobreza y las concepciones culturales de su socialización. El trabajo precoz, la restricción del juego y en general los valores paternos y maternos las convirtieron en niñas-adultas. La infancia y la adolescencia fueron períodos excesivamente cortos. Ser mujer y pertenecer a una familia carente de recursos parece exigir la sumisión y resignación como condiciones para “soportar” cada etapa del curso vital, pero al leer con una mirada más aguda los relatos de este grupo de mujeres, se observan intensos momentos de rebeldía contra las formas de autoritarismo: La oposición a las patronas, hermanos o padres maltratantes cuando reciben castigos, la fuga del hogar de origen en busca de una relación de pareja ideal, la separación del compañero como reacción al maltrato o el intenso trabajo para satisfacer las necesidades de subsistencia de sus hijos cuando son abandonadas, son comportamientos que indican un viraje ante ese destino en apariencia inevitable.

Las conclusiones resultan infinitas ante la riqueza de la vida de cada mujer, pero es necesario finalizar con nuevos interrogantes que hacen evidente la importancia de continuar con el trabajo investigativo. A modo de ilustración, se señalan algunas preguntas: Qué está ocurriendo en la historia de vida de las mujeres que se ocupan de otras labores, que pertenecen a otras clases sociales o habitan otros espacios? Qué pasa con los procesos de socialización de los hombres que tienen las mismas edades y provienen de los mismos

contextos culturales? Al mismo tiempo evocan otras preguntas más generales: Cómo continúan interactuando los vertiginosos cambios sociales con los procesos socializadores de hoy? Qué especificidades asumen los procesos de reproducción y cambio de las relaciones de género en las clases sociales?.

Una infinidad de preguntas pueden ser formuladas a partir de cada uno de los capítulos que dieron cuerpo a esta investigación, por lo cual es necesario someter este trabajo a la crítica académica, compartirlo con quienes desde sus espacios profesionales, organizativos o personales puedan encontrar en él motivos de reflexión, y, entregarlo de manera especial a las mujeres que con sus relatos y su vida misma hicieron posible esta obra.

Santafé de Bogotá, Abril de 1993

